

**Son el Gran Pueblo del Territorio, desde el Territorio del Gran Pueblo  
(Cxhab Wala Kiwe): Soy yo el que agradece.**

Al agradecerles la carta de despedida que me envían y que hicieron pública, reconozco que hay tanto recogido en esas palabras, que no va a ser posible responder a lo que acumula con justicia y de manera suficiente. Sin embargo, expresa un “espíritu” que me conmueve y me inspira a responder para honrarlo en sus términos. Por eso comienzo con la sabiduría de la conclusión, en la que me invitan a quedarme con la amistad y la gratitud para seguir sin resentimiento ni amargura. Esto, se lo debo, se lo debo al pueblo Nasa, a todas las comunidades, al proceso, a ustedes y a todo lo que allí y desde allí se ha construido y viene madurando. Esto lo prometo, frente a ustedes, a mi mismo de todo corazón. Se lo debo. He aprendido tanto, he descubierto tanto allí, entre ustedes y ese pueblo ejemplar, que es precisamente distanciarme de lo que pudiera seguir descubriendo a diario, lo que más me duele. Vivir en el Norte del Cauca es, ante todo una oportunidad y el privilegio de compartir con un pueblo en y de su territorio, cuya historia y experiencia conmueve y convoca al compromiso. Soy yo el que da las gracias. Son ustedes los que me hacen falta.

Pude hablar con muchos mayores y mayoras durante mi tiempo allí. Tengo plena conciencia de que apenas hace 40 años y aún menos, no había más que desprecio por ese mismo pueblo como por todos los pueblos indígenas y afros en Colombia. Se que terratenientes de los que descienden y hacen parte personajes como Juan José Chaux Mosquera, han convertido ese desprecio en su proyecto obsesivo hasta enfermar de codicia y envenenarse con su propia herencia. Muchos como él odian a los indios y a los pobres por principio y hacen carrera hasta orientar escuadrones de la muerte para “devolver al indio a su lugar”, es decir, para someterlos a donde estos herederos de la conquista sienten que pertenecen: como esclavos y terrajeros eternos en la miseria. Lo que han logrado como pueblos frente a más de cinco siglos de racismos, de tiranía, de despojo, desde la miseria, el desprecio y la invisibilidad, por su propio compromiso y fuerza, apoyados en la memoria viva de sus culturas, es verdaderamente ejemplar, admirable e imposible a los ojos de sus propios opresores que no han podido aprender a respetarlos.

Entre muchas imágenes, conservo la de ese momento, en La Emperatriz, cuando comenzaba la “Liberación de la Madre Tierra” y se quemaron frente a la comunidad, los elementos de agresión del escuadrón anti-motines (ESMAD), que tanto daño ha hecho y que tanto terror ha sembrado. Mientras esto sucedía, una mayor indígena, humilde y cuya presencia ponía en evidencia una vida larga en sufrimiento y lucha, hablaba con un policía escondido detrás del escudo y dentro del uniforme para intimidar. Se entregaron los policías capturados por la comunidad, protegidos por la comunidad a la que ellos mismos maltrataron. Era la palabra y la acción de liberación, frente a la maquinaria de terror y despojo. Ella lo miraba a los ojos para hablarle. Para ella, había un ser humano en esa máquina obediente de la tiranía. Con gente así, ha sido posible lo imposible. La miseria se ha convertido en dignidad y la invisibilidad en inspiración. Son el Gran Pueblo del Territorio, desde el Territorio del Gran Pueblo (Cxhab Wala Kiwe).

Me encontré con el taita Lorenzo Muelas en Bogotá. Fue el último mayor que vi antes de partir. Hablamos juntos de “La fuerza de la gente”, su libro, pero también del sentido de ese título y de lo que recoge. De la lucha indígena que lo llevó a él del despojo narrado con dolor enorme, a la Constituyente y a otras tareas de liderazgo. En su palabra pausada y sabia, me encontré con tantas otras de hombres y mujeres indígenas cuya calidad y fortaleza se hace sabia en la humildad del trabajo colectivo que ha ido forjando, tejiendo esos procesos. Como otros mayores, está solo, se siente maltratado de manera injusta, teme que se le despoje y sufre con las divisiones entre pueblos porque quiere terminar sus días en paz, en su terruño y conviviendo entre campesinos e indígenas. Al recordarlo y con él a quienes han abierto el camino, exijo que se les retribuya y se les honre. Soy yo el que al exigir respeto y cuidado, les da las gracias.

Gracias a todas y a todos en el Tejido de Comunicación, porque aprendimos colectivamente a hacer lo que es necesario (más allá de lo que era posible) ante el abuso y nos exigimos mutuamente hasta poder. Día y noche ante los ataques del terror, ante la violencia contra la Cumbre de los Pueblos, la Liberación de la Madre Tierra, la Minga. Días y noches preparando la Consulta frente al TLC. Compartiendo una hora de angustia ante el terror, la masacre, la desinformación comercial y oficial, y también la alegría desbordante por un logro, por un acto de dignidad inocultable, porque la palabra y la acción salieron del encierro y vencieron el engaño para salir en libertad a través de los medios propios en asambleas y encuentros con la comunidad y de los apropiados por nosotros en radios, internet, impresos, documentales. No nos hicimos un medio en el proceso, nos convertimos en comunicación del y ante todo desde y para el proceso. En condiciones adversas, sin recursos, bajo ataque constante, esto ha sido posible por un compromiso mayor que no ha sido nombrado. Hoy tejer comunicación contrasta con lo que hacen agencias y medios comerciales y se convierte en semilla de una alternativa desde lo local hasta lo masivo que ya desbordó lo local. Soy yo el que da las gracias. Es a mí al que le hará falta seguir con ustedes, ser nosotros en esa tarea de la que son ejemplo, acompañarlos en el proceso de hacerse escuela y tejer hacia adentro y hacia fuera, nudos, hilos y huecos para la verdad y la vida. Allí hay tejedores y tejedoras de la palabra, que son mucho más que periodistas, aunque también eso son y excelentes, a pesar de que se les siga negando el derecho a formarse y a ser reconocidos como merecen. Yo seguiré haciendo lo que pueda y me permitan por el Tejido.

Crecer es difícil y se hace con dolores. Esto lo repite mucho el Padre Antonio Bonanomi a quien tanto le debo. No es excepción el proceso indígena. Desde la conquista se enfrenta la miseria y la tiranía que persiste y avanza en fases cada vez más sofisticadas y perversas. Comprenderlas, es meterse a entender lo inaceptable, lo que debería ser incomprensible, lo que no debería haber sido ni debería caber en la capacidad humana. Es también asumir una tarea que uno no debería tener, la de enfrentar un enemigo mucho mayor, más poderoso y terrible de lo que cabe en la imaginación. Es una tarea obligatoria y por ello necesaria, pero también una tarea digna y dolorosa.

En ese camino, es fácil y comprensible perder el rumbo. Uno se confunde, lo engañan, se resiente, a veces decide equivocadamente y a pesar de todo

pervive y acierta echando mano del saber colectivo, de la memoria y de la capacidad de aprender de los errores, de adquirir experiencia, o cae aplastado bajo el peso de la infamia. Si, es la sabiduría y la lucha conciente la que preserva a los pueblos y la que los pueblos deben preservar y nutrir para pervivir.

En la historia, a veces, se ha luchado contra la miseria perdiendo de vista la tiranía. Se buscó resolver el problema práctico, inmediato, del despojo físico, del hambre, a cambio o dentro de un régimen de infamia. Esto da de comer por un tiempo, mejora algunas realidades concretas, convence a algunos, pero mantiene las condiciones de opresión y le permite al régimen ganar tiempo, superar el conflicto y seguir avanzando por el camino de la explotación, la exclusión y la destrucción. La miseria no ha sido buena consejera. Manipularla para alcanzar beneficios sin cambiar nada es la historia de la Historia, acá y dondequiera que el modelo de la codicia se ha impuesto. Luchar, de otra parte, contra la tiranía sin tener en cuenta la miseria, es una distorsión de privilegiados. Las revoluciones, como la de los EEUU, que superaron la tiranía del Imperio sin tener en cuenta la miseria, suplantaron al tirano e imponen desde entonces la miseria a nombre de la libertad.

Miseria y tiranía vienen juntas y resolver un problema inmediato, no es cambiar una realidad. Este es uno de los mayores desafíos de los pueblos frente al modelo del “libre comercio” y del despojo del capital transnacional. Mientras se lo roban todo combinando terror, con propaganda y políticas a su servicio, desarrollan proyectos y programas que terminan siendo limosnas, o condenan las luchas de resistencia a aceptar políticas, cargos y prebendas dentro del régimen “para que todo cambie y todo siga igual”.

El movimiento indígena en el caso particular de Colombia, enfrenta un régimen violento y corrupto al servicio del despojo para beneficio de intereses particulares y del gran capital transnacional. Siete años de falsos positivos, entregas de territorios, trabajo, ahorros y derechos a transnacionales, vigilancia y persecución a cualquiera que se oponga por medios civiles al régimen, alianza con escuadrones de la muerte, formación de las fuerzas armadas más numerosas y mejor financiadas (por EEUU) del Continente, Plan Colombia y proyectos de ocupación integral que combinan la infiltración, la distribución de mercados, los proyectos a cambio de las concesiones y el asesinato constante y más numeroso de indígenas en la historia reciente y mucho más. Una forma de tiranía que es difícil resistir. Una tiranía que se sirve de la insurgencia como pretexto para imponerse y sembrar terror.

En este contexto nace la Minga de Resistencia Social y Comunitaria. En este contexto la persiguen, la intentan manipular, la quieren comprar o someter. Miseria y tiranía: tiranía y miseria. Inseparables y desafiando la sabiduría de pueblos y procesos ejemplares.

Esta es la coyuntura que me tocó compartir y a la cual aporté desde dentro. Es dentro de esta lucha que seguramente incomodé a algunos. No lo hice por razones egoístas. No tengo afán de poder ni creo en el poder – ni como medio, ni como fin- de los pueblos o de los individuos. La historia me parece que nos enseña que el poder ha sido una enfermedad y un instrumento de la codicia que expresa nuestra propia inmadurez y el camino que nos falta por recorrer

para emanciparnos. Se han fortalecido y enriquecido mis convicciones y mi posición que, además, no son mías, porque las compartimos en lo esencial. Pero debo irme y me despido consciente de que con o sin mi presencia y más allá de las fortalezas del proceso, las contradicciones que se están dando persisten y deberán ser superadas, so pena de perder lo ganado y volver a ser sometidos por el “Proyecto de Muerte” que no tolera, ni acepta el “Plan de Vida” de los pueblos.

Aprovecho para pedir disculpas a quienes se hayan sentido ofendidos por mi carácter y trabajo. Yo tengo mis defectos y en colectivo, en los espacios de debate y reflexión se armonizan y se ponen en su lugar. Cuando estos espacios se reducen, los defectos individuales afloran desde la frustración o desde decisiones particulares que asumen un poder desmedido. En el Norte del Cauca, existen mecanismos colectivos para Informar, Reflexionar, Decidir y Actuar. De que se preserven y se apliquen con sabiduría depende, estoy seguro, la pervivencia del proceso.

Yo no quisiera irme. Tampoco siento que sea justo que deba hacerlo, pero lo asumo. Creo, como dicen ustedes, que el proceso en su sabiduría deberá resolver sus asuntos. Uno de ellos es, precisamente, que nunca quedó claro qué lugar me corresponde allí, por lo que en últimas, hoy, no tengo ninguno. Al despedirme, reitero lo obvio: mi compromiso es ético, es una decisión ante lo que existe y por contribuir a resistirlo y a cambiarlo desde abajo. Llevo en mí el ejemplo vivo de ese proceso que compartiré como fuente de inspiración y experiencia, dondequiera que vaya. Haré, ya de manera individual o colectiva desde otros ámbitos, lo que pueda por la ACIN, por el pueblo Nasa, por los pueblos indígenas. A eso me comprometo. Uno no puede irse de uno mismo, a menos que se traicione y yo soy de allá aunque deba irme. Mi distancia será respeto, como lo ha sido mi presencia hasta ahora.

De todos estos años, dejo que hablen los hechos. No me ha movido el dolor ni el resentimiento aún cuando en los espacios apropiados hice reclamos y denuncié equivocaciones e injusticias hasta donde fue posible. Faltaron instancias para abordar dificultades y problemas. Esta carencia es una realidad que afecta a muchas y muchos comuneros en diversos asuntos y merece atención. Por ahí están, por ejemplo, las víctimas de las luchas y movilizaciones, incluidos guardias indígenas, necesitando ayuda.

Acepté el proceso interno cuando se dieron acusaciones infundadas e injustas en mi contra, lo mismo que las decisiones que se tomaron y a pesar de que no me he resignado a que no se haya esclarecido la verdad ni se haya hecho justicia frente a quienes me difamaron y lo siguen haciendo, no me obsesiono con esto y queda en manos del proceso que será, estoy convencido, el principal afectado por las consecuencias de sus propias acciones u omisiones. Yo no busco ni buscaré revancha y menos venganza. No hay nada de qué vengarse. Hay, creo, contradicciones que superar y corregir que quedan parcialmente ilustradas en lo que me ha sucedido, pero que se relacionan con asuntos mucho más importantes que los que tienen que ver con mi situación particular. Reitero, estas son responsabilidades del proceso y creo en la sabiduría de las comunidades, en los consejos de los mayores y en las capacidades y compromisos de la nuevas generaciones, para enfrentar y

superar estos desafíos. Siempre dije lo que pensaba, con convicción, pero nunca me impuse. De esto quiero dejar constancia acá, porque es, según se reitera en las asambleas, la manera de abordar las verdades, debatir y crecer tomando decisiones sabias.

En adelante, no hago parte del proceso. Hablaré con libertad y responsabilidad del mismo sin ser su vocero. Expresaré de manera abierta y franca mis opiniones personales sobre este y cualquier otro tema, con cuidado de aportar, aún desde la crítica, a consolidar y proteger las luchas de los pueblos por su emancipación. Hago mía la agenda de la Minga y la fomentaré donde quiera que esté, asumiendo, como se decidió, que es de los pueblos y no tiene dueños. Seguiré escribiendo, hablando, estudiando y “Caminando la Palabra” en pos de hacerme parte de comunidades conscientes, movilizadas y actuando.

Seguiré en contacto como amigo y como compañero, pero asumiré la distancia que se requiere. Aspiro a regresar un día, como lo dicen en la carta, pero será cuando existan las claridades y las condiciones para hacerlo. Duele tanto salir, por la admiración y el amor que le tengo al proceso y por la mucha falta que me está haciendo. Les constará lo mucho que hice para quedarme a pesar de que ya no había condiciones y a riesgo de perderlo todo. Sigamos denunciando la injusticia, venga de donde venga, para superarla y no sumirnos en el resentimiento. Cuenten con mi amistad, compromiso y entrega y extiéndanle por favor mi gratitud a quienes hacen parte de la ACIN.

Que los espíritus de los mayores y la sabiduría de la Madre Tierra los acompañen por el camino de la palabra y la acción en el espíritu de la comunidad para consolidar su autonomía, resistir y hacer Minga con otros pueblos y procesos en la lucha porque ese mundo necesario sea posible. Lo demás, se quedó allí y no tiene propietarios.

**Emmanuel Rozental**  
**2009-10-08, Listiguj, Isla de la Tortuga.**